TORMENTA SOBRE MÉXICO

JEAN-FRANÇOIS REVEL

TRADUCCIÓN DE AURELIA ÁLVAREZ URBAJTEL

La crisis que sacude a México desde que se inició la gestión del nuevo presidente, Ernesto Zedillo, el primero de diciembre de 1994, es una crisis política tanto o más que económica y financiera. Ilustra esta ley de sensatez pura: los inversionistas extranjeros, incluso los nacionales, sólo confían en la economía y en la moneda de un país en la medida en que también confían en su estabilidad política. Estabilidad no quiere decir, claro está, que diferentes partidos no puedan alternarse en el poder —ya que entonces México, con su partido–Estado único o hegemónico desde 1929, nunca estaría en crisis. Lo que cuenta es la estabilidad del sistema, y no la fijeza de un partido de rapiña. Laboristas y conservadores en Gran Bretaña, socialistas y demócratas cristianos en Alemania, pueden reñir por el poder y arrebatárselo por turno, sin quebrantar el sistema o la confianza de los financieros internacionales. En todas partes, la continuidad de las instituciones y el respeto a las reglas políticas conocidas crean confianza. La incertidumbre hacia ellas la destruye.

Esto se ve claramente en Italia, país que, como México, está cambiando su sistema político y por lo tanto provoca también perplejidad. También su porvenir es imprevisible por el momento. Como en México, el poder se encuentra ahí, en gran medida, "deslegitimado" por lo hipotético. Las consecuencias son idénticas aquí y allá: déficits públicos y endeudamientos agravados, fuga de los inversionistas, rápida devaluación de la moneda. México ha vivido el plan de salvación propuesto por los Estados Unidos y el Fondo Monetario Internacional como una especie de humillación, porque el crédito de cincuenta mil millones de dólares que se le concedió va acompañado por un control de su gestión económica y la exigencia de garantías. Pero tal control es la regla en estos casos, y ha sido impuesto por diversos prestamista en periodos recientes a países como Portugal o Italia, Alemania Oriental (después de la reunificación) o Hungría, Rusia o Ucrania.

Tocamos aquí otro aspecto político de la crisis mexicana. En una época en que la economía y los circuitos financieros del planeta entero se están liberalizando, en que la organización Mundial de Comercio, vástago renovado del antiguo GATT, se dispone a barrer los obstáculos aduanales que subsisten, ya no es posible conservar una concepción arcaica de la independencia nacional. La independencia nacional no es el *aislamiento* nacional. Es lo contrario. El desplome de las economías comunistas ha mostrado que la cerrazón del mundo engendra una situación artificial, irreal, una economía fantasma, destinada a hundirse en la penuria y el caos. Además, en la reedificación política y económica del mundo, la interdependencia es la norma. La caída del peso tuvo repercusiones hasta en Polonia, y sacudió a la joven Bolsa de Varsovia. Las economías latinoamericanas que habían logrado recuperarse de modo brillante, Argentina, Brasil, Chile, se han tambaleado nuevamente por el tornado del peso mexicano. México debe tener la madurez de entender que no está solo. Debe mirar, no sólo la influencia de otros países sobre él, sino también las consecuencias de sus propias imprudencias sobre los demás países. Hoy todo es recíproco. Las quince naciones que integran la Unión Europea se esfuerzan, como se sabe, en lograr al final del siglo una moneda europea única, lo cual los obliga, para prepararse a ello, a aceptar de buen modo controles relativos a su tasa de inflación, sus déficits públicos, su balanza comercial y otros indicadores económicos, que deben corregir si quieren satisfacer lo que se llama los "criterios de convergencia" que permiten acceder a la moneda única. Esas naciones no tienen por ello la impresión de "perder su independencia", aunque algunos partidos marginales, de extrema derecha o de extrema izquierda, lo pretendan. No se puede volver atrás. Tampoco en América Latina se puede volver al viejo sistema mexicano, proteccionista y dirigista, en el que incluso el sector privado no obedecía a las leyes del mercado y vivía de los privilegios que le arrancaba a la benevolencia remunerada del Estado. Lo privado sin mercado y el Estado corrompido son los dos adversarios principales del desarrollo. Y sólo la democracia política puede acabar con ellos.

Aquí precisamente se sitúa la contradicción que provocó el fin catastrófico de la presidencia de Carlos Salinas. Es la contradicción entre la apertura de la economía mexicana, su liberalización, su internacionalización y la perpetuación o la transformación insuficiente del antiguo sistema político, fundado sobre la hegemonía del Partido Revolucionario Institucional. Los errores

puramente financieros de Salinas, por ejemplo, no devaluar el peso seis meses antes o preferir dejarle a su sucesor la responsablidad de esta amarga decisión, sólo conllevaron tan desastrosas consecuencias en razón del clima de incertidumbre política. Además, el déficit se convirtió en bancarrota porque el banco central, independizado en principio sin serlo en la práctica, absorbió enormes cantidades de dinero en sus reservas de divisas, a fin de sostener artificialmente el peso durante la campaña electoral, y posponer hasta después de la elección una crisis que hubiera comprometido las oportunidades del candidato del PRI. Si ésta no es una causa puramente política, yo no sé lo que es una causa política.

No obstante, en relación con sus antecesores, no cabe duda de que Salinas había flexibilizado la hegemonía del PRI. Verdaderos partidos de oposición habían podido hacer su campaña. Por ello, sin que el fraude en beneficio del PRI desapareciera, las recientes elecciones apasionaron a la opinión. Yo observé personalmente dos campañas presidenciales en México, las de 1952 y 1970. Noté que se desarrollaban en medio de una indiferencia popular teñida de ironía. En 1988 y en 1994, las campañas presidenciales suscitaron un interés popular sin precedentes desde la elección de Madero en 1911. En febrero de 1995, al iniciarse la presidencia de Ernesto Zedillo, la conquista electoral del partido opositor de derecha, el PAN, para el cargo de gobernador en el importante estado de Jalisco, y sobre todo la aceptación y la oficialización de esta victoria por parte del PRI, constituyen una señal precursora de la normalización democrática. Es el cuarto estado conquistado electoralmente por el PAN. Pero esos avances no bastan para crear un nuevo equilibrio político, sobre todo cuando, por otra parte, tenebrosos asuntos ensombrecen la vida nacional. En 1994, se vivió también el asesinato de dos personalidades políticas de primer plano: el primer candidato del PRI a la elección presidencial (lo que provocó la sustitución por Zedillo) y el segundo de a bordo de ese mismo PRI. También se vive la larga y todavía activa rebelión campesina de los zapatistas en el estado de Chiapas y el envío del ejército para intentar reprimirla. En 1995, la reapertura de una investigación judicial reveló que el primer candidato a la presidencia no había sido asesinado por un psicópata aislado, como se había dicho, sino por homicidas que tal vez actuaron bajo las órdenes de los "dinosaurios" del PRI, hostiles a toda democratización. Para colmo, la justicia acusó al presidente saliente, Carlos Salinas, de haber obstruido la investigación, disimulando la verdad.[1] Finalmente, y la lista de los horrores seguramente no ha terminado, en febrero de 1995, las autoridades policiacas y judiciales procedían a arrestar a Raúl Salinas, hermano del expresidente, acusándolo de haber dirigido y financiado el segundo asesinato, el del secretario general del Partido, como dinosaurio del PRI.[2]

Vista desde el extranjero, esta situación da primero la impresión de una degradación social explosiva, y luego la de un sistema político sin aliento, en que las facciones rivales en el seno del partido dominante se matan entre sí, en que los conservadores se esfuerzan en eliminar a los reformadores. Aquí está el origen esencial de la huida de los inversionistas y del retiro de los capitales. Esta convergencia le dio a la tormenta monetaria y bursátil un giro mucho más vertiginoso que en ausencia de los factores políticos agravantes. Es lo que deberían meditar los ciudadanos mexicanos, en vez de culpar a su eterna pesadilla, los Estados Unidos, cuya moneda por cierto fue la que más sufrió por la caída del peso.

Desde hace cincuenta años, la dominación petrificada de los esquemas explicativos del marxismo ha instaurado la costumbre rutinaria, incluso entre los no marxistas, de buscar siempre las raíces económicas de los fenómenos políticos. Existen, pero no debemos olvidar que también existen, a veces con mayor frecuencia, causas políticas para los fenómenos económicos. El peronismo, después de la guerra, arruinó por mucho tiempo a Argentina, que en 1939 era tan rica como Europa occidental y más rica que Australia. Carlos Salinas es actualmente muy impopular, pero más adelante, en la serenidad de la historia, se reconocerá de nuevo que modernizó la economía de su país. Pero no supo o no pudo modernizar, es decir democratizar, su sistema político; en efecto, el porvenir le pertenece a la democracia, y no a regresiones arcaicas y pseudo-revolucionarias como la rebelión de Chiapas. Esta rebelión es un síntoma, no es una solución.

Se dice que la democracia está enferma, que está degenerando, que se destruye a sí misma. Pero las enfermedades de *las* democracias no son enfermedades de *la* democracia. Provienen de la parte no democrática que subsiste o que se reforma en numerosos países en los cuales la democracia debe regir en principio al sistema político, pero que está desviada en la práctica. Dicho de otro modo, las enfermedades de la democracia son en realidad el resultado de *incumplimientos* a la democracia, de una democracia *insuficiente*, y no de la democracia misma.

NOTAS

[1] La Procuraduría General de la República ha aclarado que no hay ninguna acusación en este sentido.

[2] La PGR no ha dado a conocer aún los móviles que impulsaron a Raúl Salinas: ¿son políticos, tienen que ver con negocios, están ligados al narcotráfico, obedecen a resentimientos personales?